Moriturus...[1]

JAIME TORRES BODET

*

El día 13 de este mes de mayo se cumplen veinte años de que Jaime Torres Bodet se levantó de la mesa del comedor de su casa, le dio un beso a su mujer, doña Josefina Juárez, anunció que iba a vestirse para acudir a la cita que tenía con su médico a las cuatro de la tarde, se metió a la biblioteca, se sentó en su escritorio, puso frente a él los retratos de su madre y de su mujer, sacó una pistola que le habían regalado hacía tiempo, redactó su nota de despedida y se disparó un tiro en el paladar. ¿Es evitable el lugar común? no: puso en su muerte el mismo aliño, el mismo tesón y cuidado que puso en su vida, y en su obra.

Paradójica suma de "nada" y "monumento", la persona y la obra de Torres Bodet exigen la seria recapacitación de los escasos ojos que, con curiosidad crítica y con libre pasión, leen hoy poesía mexicana. Octavio Paz ha abierto recientemente la puerta hacia esa recapacitación en la impecable semblanza: "Poeta secreto y hombre público".[2]

Lo que más cerca está de nosotros de este hombre (que alguna vez se preguntó "¿Fue biografía siempre mi existencia?"[3] *es, desde luego, el secreto; su extraña, gélida, quirúrgica poesía de madurez: oasis amargos y luminosos en el vasto desierto de una obra calculada para la edificación; catacumba en la que habló consigo mismo, en tonos y temperaturas que no se permitió en las plazas públicas de sus ensayos, novelas, discursos, memorias. Esa catacumba también es nuestra: hiato de palabras donde escuchar el eco de nuestra propia alma para luego, si es posible, olvidarlo de nuevo:*

Hecho de nada soy, por nada aliento;
nada es mi ser y nada mi sentido
y, muerto, no seré más que al oído
un roce de hojas muertas en el viento...

A nada me negué. De nada exento
—pasión, fiebre o virtud— he persistido
y de esa misma nada envejecido
sombra de sombras es mi pensamiento.

Pero si nada di, nada he pedido
y, si de nada soy, a nada intento:
espectador no más de lo que he sido.

Como inventé el nacer, la muerte invento
y, sin otro epitafio que el olvido,
a la nada me erijo en monumento.[4]

No sabemos por qué, esa tarde el 13 de mayo de 1974, Torres Bodet decidió inventar *su muerte más allá del papel. Se había convertido en un hombre aislado, desnudo de poder y de galas, incómodo frente a la trayectoria pública en la que invirtió febrilmente su inteligencia y su moral, asustado por la vejez, ávido de la compañía que le regateó al final una sociedad a la que, paradójicamente, creyó servir siempre (y a la que sirvió de hecho), y, sobre todo, vulnerado por la enfermedad.*

Del texto que sigue, cedido por el Lic. Jesús Juárez, puede desprenderse que Torres Bodet se enteró de su enfermedad antes de 1965, cuando fechó el libro sobre Tolstoi al que alude. El pétreo paladín de proyectos y misiones ciclópeas, acostumbrado a largadas de oratoria frente a multitudes en ágoras y senados, vestido ahora de oro y de gargajos como un rey shakespireano, se bebe esta madrugada su solitaria dosis de absurdo y musita su memento mori *frente al diminuto auditorio de un pájaro.*

GUILLERMO SHERIDAN

EL DOCTOR LLEGA A verme temprano y de buen humor. Debe haber almorzado con apetito. A pesar de su edad —me ha dicho que es septuagenario— la vida le sonríe, por lo menos profesionalmente.[5] Ha visto mis radiografías y tengo la impresión de que, durante la noche, consultó varios textos clásicos y leyó algún buen artículo sobre el mal que estoy sufriendo. Me examina, más por costumbre que por verdadero interés de reconocerme. Su convicción está hecha y no creo que las auscultaciones rápidas que practica tengan ahora, a su juicio, mucha importancia.

Le interrogo... Y, de pronto, sin la menor transición, me revela lo que yo presentía. Mi caso es en extremo serio. Tal vez exista un cáncer en la S iliaca.[6] "A usted —me dice, con cortesía que no me halaga— sería inútil pretender engañarlo". Añade algunos elogios, que por lo visto no merezco, puesto que su ruda franqueza destruye, en seguida, la confianza que podía yo conservar en las fuerzas de mi carácter. Disimulo, movido por un postrer sentimiento de orgullo. Y le oigo con fingida tranquilidad. Quiere explicarme que, acaso, realmente, no se trate todavía de un cáncer; pero que, de todas maneras, la operación se impone. Lo comprendo perfectamente: aunque no exista el cáncer —cosa que sólo podrá averiguarse durante la intervención o después de ella— ésta implicará peligros incuestionables.

Mientras habla, considero el intenso color rosado de sus mejillas. Lo siento tan incrustado en el mundo de la salud

que no sé cómo perdonarle la serenidad con que me desplaza de ese universo con su diagnóstico... Es cierto, acaba por confortarme. Alude a dos o tres casos de personas conocidas que no murieron como consecuencia de la operación que me propone. Adivino que, en su fuero interno, tales explicaciones no significan nada muy favorable. Me las ofrece, no tanto por piedad cuanto por respeto a las tradiciones de su oficio, como el gran violinista que no vacila en añadir —en calidad de "encore"—, a la interpretación de una marcha fúnebre, algún trozo alegre, rápido y melodioso. Un minueto de Mozart, por ejemplo.

Me quedo solo frente a mi angustia. Voy a tener que esconderla a los seres que me rodean. Me juzgan frío y voluntarioso. Yo mismo no creía conservar tanto amor por la existencia. Y he aquí que la idea de abandonarla, tal vez muy pronto, me llena de desconcierto. Hasta las expresiones de que me sirvo delatan mi malestar. ¿Qué significa, en efecto, esa frase: abandonar la existencia? Cuando muera, no seré yo, por cierto, quien la abandone, sino ella la que me arrojará de su torbellino.

Hace meses, al redactar mi libro sobre Tolstoi,[7] dediqué en él todo un capítulo a una de sus mejores novelas: *La muerte de Iván Ilich*. Dije entonces que se vive y se muere solo. La diferencia estriba en que, mientras vivimos, hay seres que nos odian y que nos aman, nos envidian o nos desprecian; pero el que sabe que va a morir está más allá del odio y del amor, de la envidia y hasta del desprecio. ¿Qué valen, sobre un cadáver, las condecoraciones o los insultos?...

Me asalta la amargura de estar viviendo, a mi modo, los días finales de Iván Ilich. Como a él, me irrita la alegría, la salud y la fuerza de los demás. Todos ellos tienen proyectos. Van a ver a sus amistades; llaman por teléfono para averiguar si la hora de esta o aquella cita no se ha alterado. Sonreirán de cosas que ya no comprendo ahora. Hablarán de asuntos que, para siempre, ya no me afectan. Cada sonrisa que se dibuje en sus labios y cada palabra que digan los alejarán —aunque no lo quieran— de la pobre inquietud humana en que me debato.

Condenados a muerte, lo estamos todos. Mientras la salud nos engaña, ignoramos lo riguroso de semejante condena. Vivir constituye un acto magnífico de egoísmo. El temor de morir no es menos egoísta, sin duda, pero carece de toda magnificencia. Nos revela, de un golpe, lo absurdo de haber vivido como vivimos y nos demuestra —no con ideas generales, sino con hechos concretos, precisos y dolorosos— hasta qué punto la vida que, desde lejos, puede parecer afortunada, esconde un irreversible y tremendo error.

Escribo estas líneas en la madrugada de un día nublado. Como no podía dormir, pensé que sería mejor dar alguna expresión formal a los vagos abismos que abría el insomnio frente a mi alma. Por las ventanas, empieza a clarear la aurora. Un pájaro, que no identifico, se ha posado en la cima de un olmo. En agudos gorjeos, como el surtidor de una fuente, derrama el exceso de vida que llena su cuerpo alado. ¿A quién bendice esa voz sin cólera? No es a mí, por supuesto, sino a todo lo que le ofrece, en la mañana recuperada, el espectáculo de esa solidaridad admirable que representa para los vivos, la fe en la vida.

Sin embargo, aunque no cante el pájaro para mí, lo escucho con emoción y agradecimiento. Yo también saludé a la vida, como ese pájaro. Yo también viví cada hora como si fuera un fragmento de eternidad.

Que el día que principia a encenderse haya de apagarse, que el pájaro que lo anuncia haya de enmudecer, y que el hombre que está escuchándolo sepa que sus semanas tendrán un término ¡qué poco importa, después de todo! Somos, apenas, gotas de un río inmenso. Si una se pierde, millones y millones se disponen a reemplazarla. Nada acaba con el ente que acaba, sino —a lo sumo— su oscuro estremecimiento. La única ley positiva de la existencia es la de no atar el destino del mundo a la dimensión de lo individual.

NOTAS

[1] Título del editor.
[2] *Vuelta* 186, mayo de 1992.
[3] "Pausa", fechado el 31 de diciembre de 1965, recogido en *Obras escogidas*, México: Fondo de Cultura Económica. Colección "Letras mexicanas", 2a. Ed., 1983, p. 1146.
[4] Cuarto soneto de "Nocturno", *Sonetos*, 1949, *ibidem*, p. 70.
[5] Ese doctor ¿sería Conrado Zuckerman? El retrato le ajusta. Era además el mejor oncólogo de esos años y acababa de fundar el Instituto Nacional de Cancerología.
[6] Se le llama la *S iliaca* a la zona del colon descendente que se conecta al piso inferior de la pelvis. Es un cáncer "de aparición adecuada" después de cierta edad y con tumor localizado de largo desarrollo que, lentamente, va haciéndose sumamente molesto. En ese tiempo, después de la operación, la biopsia, se trataba con radiaciones.
[7] *León Tolstoi, su vida y su obra*, México: Editorial Porrúa, 1965.